

EL CADÁVER DE ABEL

Miradle: Hundido en almohadón de grama,
Empapado en su sangre purpurina,
Yace Abel, con la rosa matutina
Que aún su esencia en derredor derrama.

Eva le encuentra, *é hijo mío* clama,
Y hacia su rostro con amor se inclina,
Y besa aquella frente peregrina,
Y una vez y otra aún *¡hijo!* le llama.

¡Silencio! La infeliz... no... aún no entiende
Que son de Abel no más que los despojos...
Y le levanta tímida.. le extiende.

En su regazo. Con sus labios rojos
Abre sus labios; todo lo comprende,
Y las lágrimas saltan de sus ojos.

**RODRÍGUEZ RIVERA (RAMÓN)****TROPICAL****I**

Truena la tempestad, obscuro cielo
En lluvia y rayos se deshace airado
Y alumbran los relámpagos el suelo,
Y ruge el huracán desenfrenado.
Se amontonan las nubes, se enfurecen,
Y arrojan sin piedad hora tras hora
La muerte y destrucción con que se mecen

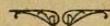
En la eléctrica chispa destructora.
Y se chocan, y luchan á millares,
Amenazando con furor la sierra,
Y embravecidas se unen con los mares,
Haciendo el trueno estremecer la tierra.
Airado el viento con tenaz bravura
Llega en su furia á arrebatat las rocas,
Y se arrastra en indómita locura
Lanzando ahullidos sus enormes bocas.
Todo lo arrastra, los destruye todo,
Y con ruido infernal, por las pendientes
De la barranca, hasta el revuelto lodo
Descienden á mezclarse los torrentes.
Y las fieras se acojen á las grutas,
Y en las grietas se ocultan los jilgueros,
Y caen al par de sazonadas frutas
Los peñascos rodando á los senderos.
Y á la siniestra luz que centellea,
Despeñarse se vé de las montañas,
Como al fulgor de cineraria tea,
Las plantas y ganados y cabañas.
En suicidio eternal las aguas bajan
Buscando tumba en el profundo abismo,
Y cedros y palmeras se desgajan,
Y en ayes rompen su eternal mutismo;
Las olas encrespadas y espumosas
Se estrellan sin piedad contra la playa,
Y se rasgan temibles y rabiosas,
Y á su eterno rugir el mundo calla.
Negro, muy negro el cielo, amenazante,
Lanza sólo su rayo tremebundo,
Y el terrible huracán, negro gigante,
Ronco amenaza desquiciar al mundo.
De destrucción el genio vuela, en tanto
Que su mirada audaz relampaguea,

Y de nieblas y rayos con su manto
 Al mundo entero con furor flamea.
 Sobre el bridón del austro cabalgando
 El ígneo polvo en su correr levanta,
 Y negras nubes á sus pies rodando
 Sienten el peso de su férrea planta.
 Contrae su labio la infernal sonrisa
 Al ver que la materia se destruye,
 Mas llega el ángel de la luz, y aprisa
 Tiende sus alas con espanto y huye.

II

Cesó la tempestad, blanquizas nubes
 Que calman los ardores del estío,
 Flotan como bandadas de querubes
 Y copos de algodón en el vacío.
 La blanca luna entre celajes brota,
 Y brotan las estrellas y luceros
 Que hacen brillar la cristalina gota
 Suspendida en los altos cocoteros.
 Los bosques de sonantes platanares
 Sacuden con rumor las anchas hojas
 De donde caen las gotas á millares
 Sobre silvestres florecillas rojas.
 Fresca la brisa á acariciar empieza
 Los mangos y cafetos y cañales,
 Y murmura al rozar la alta maleza
 O al perderse en revueltos carrizales.
 Se abren de los naranjos blancas flores
 Exhalando perfumes que adormecen,
 Y de canoras aves de colores
 Los blancos nidos con amor se mecen:
 Las luciérnagas pasan brilladoras,
 Y los cocuyos lanzan sus destellos,
 Y el grillo y la cigarra vibradoras

Lanzan sus cantos, por salvajes bellos.
 Y el arroyuelo manso culebrea
 Por entre el césped murmurando amores,
 Y sobre el margen que el sauz sombrea
 Salpica y hace renacer las flores.
 Brota la yerba, los planteles crecen,
 Germina el grano, se madura el fruto,
 Y las espigas de oro se estremecen
 Bajo el peso estival de su tributo.
 Todo se mueve y la deidad del campo
 Al regar las semillas, á su espalda
 Deja de su alma á la campiña un lampo
 Cuando la roza su flotante falda.



EL LABRADOR

El gallo canta, el labrador despierta,
 Y alegre el tibio lecho abandonando,
 Mira perderse el matinal lucero,
 Y al incansable buey unce el arado
 Que abre los surcos de fecunda tierra.
 Gustoso apura el líquido regalo
 De blanca leche tibia y espumosa,
 Que le ofrece en su fuente derramando,
 La humilde madre del soberbio bruto.
 Su luz difunde por los aires claros
 La blanca aurora que en Oriente asoma,
 Y al colorar los montes y los prados,
 Despierta á bulliciosas avecillas,
 Que alegres cantan al mirar de blanco
 Y de fuego teñido el horizonte,
 Cual lluvia de oro suspendida en lo alto
 Por la carrera que en su curso sigue

El que la luz eclipsa de los astros.
 Tras la yunta que al gélico rocío
 Va en riachuelos tornando el lento paso,
 Sigue el labriego que el hogar dejara,
 Su esperanza en la fé despositando;
 Que el premio encuentra el que en la madre tierra
 Deposita su amor y su trabajo.

Sin dar ya sombras, por el éter puro
 Flota bañando de candentes rayos
 El refulgente luminar del día,
 El astro rey de los millares de astros.
 La frente humedecida por las gotas
 Que fertilizan el inculto llano,
 El labrador el grano deposita
 Entre los surcos que trazó el arado:
 De allí verá brotar plantas y flores
 Con los frutos que dulces, sazonados,
 Serán el alimento de sus hijos
 Y llenarán la choza y el cercado;
 Por eso, alegre el labrador, no siente
 La lluvia estiva ni el fugaz verano.
 Llega la madre de sus tiernos hijos
 Llevando el refrigerio á su trabajo,
 Y el sencillo manjar, dulce y sabroso;
 Recibe con placer de entre sus manos;
 Luego á la sombra, respirando el fresco,
 Al pié de un árbol quedan reclinados
 Sobre la alfombra de mullido césped
 En su dicha y su amor siempre soñando.
 Con más firmeza á levantarse vuelve,
 Y de nuevo comienza su trabajo,
 Contento el corazón, tranquila el alma,
 Y la conciencia exenta de cuidados,
 Que el ángel bueno sin cesar le guía,

Que huye á sus ojos el arcángel malo.

Ya el sol declina, resplandecen tibios
 Sobre el Citlaltepétl pálidos rayos;
 Y vuelve el labrador á la cabaña
 En busca de su sueño y su descanso;
 Besa á sus hijos y á su esposa besa,
 Que á recibirle salen á su paso,
 Y al guarda fiel de su cabaña toca
 Acariciando con callosa mano,
 Y sin temor, tranquilos saborean
 El blanco queso y el cabrito asado.
 Entre tanto, las aves se recogen,
 Trinando alegres en los verdes ramos
 Del cedro embalsamado, donde cuelgan
 Sus nidos de bejuco entrelazado,
 Y el buey dormita entre la paja seca
 Ó está rumiando en el cubierto establo.
 De gracias la oración en coro entonan
 Al Hacedor de todo lo creado,
 Y el ángel de los sueños se desprende
 Del alto cielo hasta llegar al campo,
 Cubriendo con sus alas la cabaña
 Para impedir la entrada á los cuidados.

Manto de sombras la callada noche
 Tendió en silencio por el monte y prado,
 Y el genio de los campos con sus alas,
 De húmedas gotas y perfumes raros,
 De brisas vagarosas do la luna
 Difunde melancólica sus rayos,
 Al rozar mansamente las colinas,
 Hace brotar el germinante grano,
 Y crecer los retoños y planteles,
 Y cubrirse de fruto los sembrados,

Mientras que duerme de inocencia el sueño
 El laborioso labrador cansado.
 ¡Bendita esta existencia encantadora!
 ¡Dichosa vida la que dan los campos!



ROSAS (JOSÉ)

¡QUIÉN PUDIERA VIVIR SIEMPRE SOÑANDO!

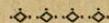
Es la existencia un cielo,
 Cuando el alma soñando embelesada,
 Con amoroso anhelo,
 En los ángeles fija su mirada.
 ¡Feliz el alma que á la tierra olvida
 Para vivir gozando!
 ¡Quién pudiera olvidarse de la vida!
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

En esta estrecha y mísera morada
 Es un sueño engañoso la alegría;
 La gloria es humo y nada
 Y el más ardiente amor gloria de un día.
 Afán eterno al corazón destroza
 Cuando los sueños ¡ay! nos van dejando.
 Sólo el que sueña goza.
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

De su misión se olvidan las mujeres,
 Los hombres viven en perpetua guerra;
 No hay amistad, ni dicha, ni placeres;
 Todo es mentira ya sobre la tierra.
 Suspira el corazón inútilmente...
 La existencia que voy atravesando

Es hermosa entre sueños solamente.
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Sin mirar el semblante á la tristeza
 Pasé de la niñez la dulce aurora,
 Contemplando entre sueños la belleza
 De ardiente juventud fascinadora.
 Pero ¡ay! se disipó mi sueño hermoso,
 Y desde entonces siempre estoy llorando
 Porque sólo el que sueña es venturoso.
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!



LA JUVENTUD

Juventud, juventud, bajo tus alas
 Busqué en mi único amor sombra y abrigo,
 Me negaste tus goces y tus galas...
 Ingrata juventud, yo te maldigo.

Francisco González Bocanegra.

¡Cuán rápidos pasaron
 Los dulces años de la infancia mía,
 Esos años de paz y de alegría
 Que tanto acariciaron
 Al corazón que sin afán dormía!
 Pasaron como el viento,
 Cual pasa siempre la ilusión querida,
 Como pasan la dicha y el contento.
 Tendió sus alas la tormenta obscura,
 La calma se alejó despavorida
 Y vinieron las horas de amargura:
 ¡Ay, cuán presto se acaba la ventura!
 ¡Cómo pasan los años de la vida!

Quién me diera el encanto misterioso

De aquellas ilusiones seductoras
 Tan sentidas después y tan lloradas.
 ¡Quién pudiera volverme aquellas horas,
 Aquellas horas por mí mal pasadas!
 ¡Ay! entonces cruzaba la existencia,
 Tranquilo y descuidado,
 En medio de la paz y la inocencia.
 Sin esta indecisión que me acobarda,
 Encantado por dulces embelesos,
 De mi ángel bueno en los amantes brazos
 Y al blando son de los maternos besos.
 Pero ha pasado la niñez hermosa,
 Y hoy devoro tormentos á millares;
 Hoy el capricho del falaz destino
 Me aparta á mi pesar de mis hogares,
 Y al impulso del raudo torbellino,
 Entre los mares del dolor me pierdo;
 Pues del placer pasado y la alegría
 Le queda al corazón sólo el recuerdo,
 ¡Último aroma de la flor de un día!

Pasó la edad de la inocencia pura,
 Y tú viniste, juventud galana,
 Radiante de placer y de hermosura
 Como una flor en su primer mañana.
 Tú viniste, cual sueño de ventura,
 Ansiando amor y derramando amores,
 Húmedos de pasión los labios rojos,
 La sien ceñida de fragantes flores,
 Y el fulgor del relámpago en los ojos.

Yo miré tu belleza, cariñoso
 Te fui á buscar en mi delirio ciego,
 Y entre tus brazos me arrojé gozoso,
 Cual inocente niño

Que corre á asir el devorante fuego.
 Entre tus flores ¡ay! tú me trajiste
 La ilusión que la calma me arrebató,
 La hermosa virgen por quien vivo triste,
 La virgen ¡ay! que por mí mal existe,
 Por mi mal, tan hermosa y tan ingrata.

Al contemplar su espléndida belleza,
 Paraíso de amor y de ventura
 Me pareció la vida,
 Y en mi amoroso anhelo,
 Sin recordar que al fin todo se olvida,
 Juzgué que en el amor se hallaba el cielo.
 Corriendo en pos de la ilusión funesta
 Deslumbrado busqué la bienandanza,
 Y he sabido las lágrimas que cuesta
 El delirio de amar sin esperanza.

¿Por qué viniste á desgarrar mi pecho
 Y con tus llamas á abrasar mi frente,
 Aciaga juventud? ¿Por qué viniste
 Si en vez de la ilusión que me ofreciste,
 De los goces y dulces alegrías
 Que me brindaste con falaz halago,
 Me diste sólo, de mi amor en pago,
 Noches amargas y funestos días?

Huye de mí con tus encantos pérfidos;
 Ya no pretendas fascinar el alma
 Con la luz de tus mágicos colores;
 Vuelve á mi pecho la perdida calma,
 No quiero ya tus engañosas flores.

No quiero ya tu torbellino eterno,
 Porque hoy su horrible agitación me mata;

Sólo anhelo la dicha de la muerte;
No quiero verte, juventud ingrata,
Ya más no quiero en mi presencia verte.

En otro tiempo ambicioné tu abrigo,
Te fui á buscar y te tendí la mano:
Hoy que ya con tu fiebre me fatigo,
Que busco paz y que la busco en vano,
Ingrata juventud, yo te maldigo.

EL ZENTZONTLE

¡Cuán dulce es la armonía
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,
Cuánta melancolía,
Qué extraño sentimiento
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío,
Y alegres himnos amorosos exhalas,
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente Estío,
Cuando el sol en el cielo apenas arde,
El himno de la tarde
Cantas en las praderas,
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Cuando la luna pálida fulgura,
Como virgen que vela enamorada,
Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa,
Y la nocturna diosa
Vierte doquier su plácido beleño
En el sereno ambiente,
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu cadenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido
De un alma ardiente que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día
Entre las olas de la mar hirvientes
La adorada y hermosa patria mía,
Quiso amoroso Dios que independientes
Los *sinsontes* su atmósfera cruzaran
A la luz de sus astros refulgentes;
Que allí su dulce amor tiernos buscaran,
Y orgullosos volando en las alturas,
Su juventud espléndida cantaran
En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entónce en raudo vuelo
Cruzan su hermoso suelo,
Sus soberbias montañas, sus vergeles,

Sus floridos y extensos limonares,
 Sus magníficos bosques de laureles;
 Y suspiran dulcísimos cantares
 Impregnados de amor y sentimiento,
 Y el ambiente respiran de sus mares,
 Y orgullosos se mecen en el viento
 Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora
 La reina de Occidente,
 Ornada en jaspes de vistosas plumas
 Alzaba al cielo la serena frente,
 Y Axayácatl valiente,
 Humillando á sus pies á las naciones
 Sus gloriosas conquistas extendía,
 Y doquier la victoria sonreía
 A la sombra feliz de sus pendones,
 En la risueña margen de los lagos,
 Los *sinsontes*, con notas celestiales,
 Del guerrero imitaban la querella,
 El discordo vibrar de los timbales,
 La enamorada voz de la doncella,
 Y el clamor de los himnos nacionales.
 Otras veces, volando en la espesura,
 De la fuente imitaban los rumores,
 El lamento del mirlo entre las flores,
 La querelosa voz de la paloma,
 De hondos suspiros llena,
 Del tardo buey el trémulo bramido,
 Y el hórrido silbido
 Del réptil que se arrastra entre la arena.

Así cual del Anáhuac contemplando
 La majestad divina
 Que un sol de fuego espléndido ilumina

Mustia y triste la Europa nos parece,
 Y su antigua hermosura palidece;
 Así cuando el *sinsonte* enamorado,
 Feliz se oculta en el risueño prado
 Y canta entre las palmas y las flores,
 Deben enmudecer los ruseñores.

Tú, inimitable artista,
 En mil revueltos giros
 Volando caprichoso,
 Imitas cadencioso
 Ecos, cantos, murmullos y suspiros.
 Siempre hallas una voz y una armonía
 Para expresar tu duelo,
 Y traduces en tierna melodía
 Del amor el dulcísimo consuelo
 Y el ardiente placer de la alegría.
 Tienes siempre al mecerte por el viento,
 Para todos los goces un acento;
 A todo prestas inefable encanto,
 Y ora el dolor te agite, ora el contento,
 No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento
 Que tú no expreses con tu tierno canto.
 ¡Cuál conmueve tu voz el alma mía!
 ¡Bendita la armonía
 De tu suspiro amante,
 Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
 Morador de sus bosques silenciosos,
 Trovador de sus lagos rumorosos.
 ¡Plegue al piadoso cielo
 Que en estrecha prisión nunca suspire
 Triste canción de duelo,
 Que en orgulloso vuelo
 Cruzando las inmensas cordilleras,
 A nuestra patria mires

Bendita por la historia;
 Y que repitas siempre en tus cantares
 El himno de su gloria,
 Al gemir de sus anchos platanares
 Y al rumor de las olas de sus mares.



LA VUELTA Á LA ALDEA

Ya el sol oculta su radiosa frente;
 Melancólico brilla en Occidente
 Su tímido esplendor;
 Ya en las selvas la noche inquieta vaga
 Y entre las brisas, lánguido se apaga
 El último cantar del ruseñor.

¡Cuánto gozo escuchando embelesado
 Ese tímido acento apasionado
 Que en mi niñez oí!
 Al ver de lejos la arboleda umbrosa,
 ¡Cuál recuerdo, en la tarde silenciosa,
 La dicha que perdí!

Aquí al son de las aguas bullidoras,
 De mi dulce niñez las dulces horas
 Dichoso ví pasar,
 Y aquí mil veces al morir el día,
 Vine amante después en mi alegría
 Dulces sueños de amor á recordar.

Ese sáuce, esa fuente, esa enramada,
 De una efímera gloria ya eclipsada
 Mudos testigos son:
 Cada árbol, cada flor, guarda una historia

De amores y placer, cuya memoria
 Entristece y halaga el corazón.

Aquí está la montaña, allí está el río;
 A mi vista se extiende el bosque umbrío
 Donde mi dicha fué.
 ¡Cuántas veces aquí con mis pesares
 Vine á exhalar de amor tristes cantares!
 ¡Cuánto de amor lloré!

Acá la calle solitaria: en ella
 De mi paso en los céspedes la huella
 El tiempo ya borró.
 Allá la casa donde entrar solía
 De mi padre en la dulce compañía...
 ¡Y hoy entro en su recinto sólo yo!

Desde esa fuente, por la vez primera,
 Una hermosa mañana, la ribera
 A Laura ví cruzar;
 Y de aquella arboleda en la espesura,
 Una tarde de Mayo, con ternura
 Una pálida flor me dió al pasar.

Todo era entonces para mí risueño;
 Mas la dicha en la vida es sólo un sueño,
 Y un sueño fué mi amor.
 Cual eclipsa una nube al rey del día,
 La desgracia eclipsó la dicha mía
 En su primer fulgor.

Desatóse estruendoso el torbellino
 Y al fin airado me arrojó el destino
 De mi natal ciudad.
 Así cuando es feliz entre sus flores,

¡Ay! del nido en que canta sus amores
Arroja el ruiseñor la tempestad.

Errante y sin amor siempre he vivido;
Siempre errante en las sombras del olvido...

¡Cuán desgraciado soy!
Mas la suerte conmigo es hoy piadosa;
Ha escuchado mi queja, cariñosa,
Y aquí otra vez estoy.

Ni sé, ni espero, ni ambiciono nada;
Triste suspira el alma destrozada,
Sus ilusiones ya;
Mañana alumbrará la selva umbría
La luz del nuevo sol, y la alegría
¡Jamás al corazón alumbrará!

Cual hoy, la tarde en que partí doliente,
Triste el sol derramaba en Occidente
Su moribunda luz:
Suspiraba la brisa en la laguna,
Y alumbraban los rayos de la luna
La solitaria cruz.

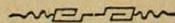
Tranquilo el río reflejaba el cielo,
Y una nube pasaba en blando vuelo,
Cual pasa la ilusión;
Cantaba el labrador en su cabaña,
Y el eco repetía en la montaña
La misteriosa voz de la oración.

Aquí está la montaña, allí está el río...
¿Mas dónde está mi fe, dónde, Dios mío,
Dónde mi amor está?
Volvieron al verjel brisas y flores,

Volvieron otra vez los ruiseñores...
Mi amor no volverá.

¿De qué me sirven, en mi amargo duelo,
De los bosques los lirios, y del cielo
El mágico arrebol,
El rumor de los céfiros suaves,
Y el armonioso canto de las aves,
Si ha muerto ya de mi esperanza el sol?

Del arroyo en las márgenes umbrías,
No miro ahora como en otros días
A Laura sonreír.
¡Ay! En vano la busco, en vano lloro,
Ardiente en vano su piedad imploro;
Jamás ha de venir...!



RECUERDOS DE LA INFANCIA

FRAGMENTOS

Junto á las puertas del cielo
Vive el hombre soñador
Llorando en perpetuo anhelo,
Que la historia del amor
Es historia de dolor
Junto á las puertas del cielo.

Bendita por el amor
Miro una humilde casita
Entre naranjos en flor,
Y una pobreza bendita,
Bendita por el amor.

Es la palabra del cielo
Necesaria, no os asombre,
Para expresar este anhelo;
¡Madre! ¡madre! Este es el nombre,
Es la palabra del cielo.

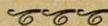
La corriente de la vida
Va por el viento impelida
Como las rápidas olas,
Me dijo mi madre á solas
Con inefable cariño,
Porque yo, cándido niño,
En lucha no interrumpida
Quise el agua contener...
¡Quién pudiera detener
La corriente de la vida!

Van volando todavía
En mi memoria las flores
Que yo deshojara un día,
Y las hojas de colores
De la flor de mis amores
Van volando todavía.

Es el pájaro que canta,
Dije una vez, madre mía,
Un tesoro de armonía;
Y fué mi ventura tanta
Que mucho hablaba y reía
Y exclamó mi madre inquieta:
«Tú pareces un poeta.»
—¿Y qué es eso madre santa?—
Ella besóme llorando
Y me dijo suspirando:
—Es el pájaro que canta.

Las estrellitas del cielo
Miraba con dulce anhelo,
Y mi madre sonreía:
En el plácido arroyuelo
Retratadas las veía,
Y mi madre me decía:
También ¡oh niño! en el suelo.
Como el agua transparente,
Refleja el alma inocente
Las estrellitas del cielo.

¡Cuán amarga es esta vida!
Triunfa doquiera el rencor
Y todo pasa y se olvida.
Es breve sueño el amor
Y sólo es cierto el dolor.
¡Cuán amarga es esta vida!



RINCÓN (MANUEL E.)

EN EL BAÑO

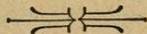
Del escondido bosque en la espesura
Que cubre á trechos el azul del cielo,
Do canta el ave con amante anhelo,
Y el aura tibia de placer murmura;

Blanca, gentil, radiante de hermosura,
Cubierta apenas con ligero velo,
El pié desnudo, destrenzado el pelo,
A Leida vi junto á la fuente pura.

Yo vi copiados en la linfa clara

Aquellos sus contornos soberanos,
Que de Milo la Venus envidiara;

Yo vi de su belleza los arcanos,
Y un suspiro lancé; volvió la cara,
Y al blanco seno se llevó las manos.



RIVA PALACIO (VICENTE)

EN EL ESCORIAL

Resuena el marmóreo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido tristísimo del viento.

En la historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita allí el recuerdo, que allí en vano
Contra su propia hiel buscó un abrigo,
Esclavo de sí mismo, un soberano
Que la vida cruzó sin un amigo;
Águila que vivió como un gusano,
Monarca que murió como un mendigo.

(1) La mayor parte de las poesías del general Riva Palacio están publicadas con pseudónimo. Algunas figuran en esta colección.



SEGURA (JOSÉ SEBASTIÁN)

En la muerte de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda

El llanto reprimid, gallardas Musas,
De la virgen América decoro;
Trocad las negras túnicas profusas
Por las ropas de fiesta, y lauros de oro
Adornen vuestra frente.
Y por la espalda los hundosos rizos
Al perfumado soplo del ambiente,
Entrelazados con vistosas plumas
Realcen los hechizos
De vuestras gracias sumas,
Y del público duelo el vano alarde
Quédese para el necio descreído
En cuyo muerto corazón nunca arde
La llama celestial que las tinieblas
Del sepulcral olvido
Deshace, cual las nieblas
El luminar del día
Que inunda el suelo en plácida alegría.

Allá en la ardiente zona
De un cielo azul, templada por los mares
De la Antilla gentil que se corona
De magníficas palmas,
La que á Píndaro vence en sus cantares
Con la lira en la mano,
Se halla al nacer para hechizar las almas
Por su gracia y talento soberano,
La ilustre Avellaneda, honra y delicia
Del bélico cubano,
Que en regaladas trovas la acaricia.